DE LA TOMA DE LA UC
A LA REFORMA UNIVERSITARIA

ALEJANDRO SAN FRANCISCO

PRESENTACION

Las siguientes son algunas consideraciones personales sobre uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Chile en el siglo XX: la Toma de la Universidad Católica, el 11 de agosto de 1967.

Quienes fueron actores de la época y quienes podemos observarlo con los matices que impone el paso del tiempo y el consiguiente desapasionamiento, sabemos que no fue un hecho fortuito. Según veremos, la toma de la UC es de aquellos casos en la historia que tienen sus días decididos, y sólo esperan que la libertad humana actúe la historia, la lleve a cabo.

En dos palabras, lo que aquí se pretende es abordar algunos de los temas, situaciones, personas y circunstancias que hacían la historia de la Universidad Católica de Chile en la década de los '60 (y, debe agregarse, también aspectos de la historia del país).

Por último, dos consideraciones: Han pasado treinta años, que se han notado inmensamente en la historia de Chile. Como sociedad, hemos experimentado desde el lejano 1967 las más diversas propuestas económico-sociales y culturales. Ya no somos iguales. La sobrepolitizada sociedad de los sesenta y comienzos de los setenta fue reemplazada por un modelo sin vida político partidista. En nuestra vida política, en menos de seis años los monopolizadores del poder pasaron a ser inexistentes. Sin embargo, la politización pareció regresar en gloria y majestad en la segunda mitad de los ochenta, a fines del gobierno militar. Terminado éste en 1989, se produjo una situación notable por su novedad y características: nuestra sociedad politizada dejó de serlo: hoy prima la antipolítica y, sobretodo, la apatía política.

Esto se ha reflejado en la vida universitaria y estudiantil. Para bien, en algunos casos, y para mal en otros, hoy es difícil encontrar como hace treinta años a miles de jóvenes con deseos de cambiar el mundo y con la voluntad de sumar su personal compromiso en la tarea. Las juventudes políticas, que llenaban sus filas de voluntarios dispuestos a jugarse por una ideología, un programa o un gobierno, hoy son pequeños grupos de «profesionales» de la política que, a falta de seguidores y de utopía, más bien se dedican a administrar las partes del poder que un sistema como el nuestro entrega, legal y casi monopólicamente, a los partidos políticos.

Alejandro San Francisco Reyes es Licenciado en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente se desempeña como profesor de Historia del Derecho y de Historia de Roma en la Universidad Católica de Chile.

Las federaciones de estudiantes, de las más diversas universidades y regiones, también pasan momentos difíciles, sólo interrumpidos por exitosas jornadas de movilización sobre aspectos puntuales de vida y política universitaria (aranceles, financiamiento, participación, etc). Sin embargo, han desaparecido las referencias de tono mayor al cambio nacional o mundial: la sociedad que vivimos, salvo escasas y aisladas excepciones, goza de buena salud y general aceptación; la democracia liberal de partidos y la economía de mercado parecen haber triunfado irreversiblemente, como lo anunció Fukuyama al hablar del fin de la historia. Quizá han olvidado nuestros contemporáneos que los triunfos en la historia son efímeros, pasajeros, esencialmente transitorios.

Al cumplirse treinta años de la toma de la Universidad Católica de Chile hubo actos académicos destinados a discutir sus méritos y errores, sus consecuencias para la Universidad y para el país. El más importante de estos encuentros, con destacados panelistas, actores de la historia, no reunió a más de sesenta personas en el Salón de Honor de la Casa Central de la Católica.

Quizá por eso se haga más necesario volver a repasar y reflexionar la toma y la Reforma Universitaria. Los procesos históricos hay que conocerlos y reflexionarlos, no hay que esconderlos u olvidarlos. Ese y no otro es el sentido del presente

articulo: contribuir al conocimiento y reflexión sobre la toma de la Universidad Católica y la génesis de la Reforma Universitaria.

UNA DECADA AGITADA EN CHILE Y EL MUNDO

Los años sesenta fueron, probablemente, de los más agitados de la historia. Un ambiente nuevo, activo y desafiante comenzó a incubarse, por razones varias, en distintos grupos sociales y en las más diversas naciones. Era un tiempo en que tenia plena vigencia la Guerra Fría que dividia al mundo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ejemplo claro de aquello fue el desarrollo y repercusión internacional de la Guerra de Vietnam. En Estados Unidos hubo también asesinatos de gran trascendencia: el Presidente John Kennedy, su hermano Robert y Martin Luther King. En Europa, por su parte, es aplastada la Primavera de Praga. Hispanoamérica ve crecer con brios a la Revolución Cubana y la acción de lideres como el Che Guevara y Fidel Castro, paladines del comunismo internacional y de su expansión por el Tercer Mundo.

En el ámbito de los valores y de la religión, la década de los '60 representa a los aires contestatarios y de renovación (y en ocasiones de revolución). En estos años, Juan XXIII y Pablo VI encabezan las sesiones del Concilio Vaticano II, previsto providencialmente para renovar la fidelidad a la doctrina y tradición de la Iglesia, pero adecuado a los tiempos que se viven. Sin embargo, interpretaciones interesadas y muchas veces ajenas a los propósitos de Vaticano II, distorsionan el mensaje de la Iglesia bajo un supuesto «espíritu del Concilio». Como resultado, hay crisis en numerosas órdenes y congregaciones, disminuyen los miembros de ellas, algunos sacerdotes de la Iglesia inician el llamado «diálogo con los marxistas», numerosos clérigos anuncian la necesidad de sumarse a la inminente e irreversible revolución. Por diversas vías, en los hechos, la Iglesia sufre una grave crisis: de autoridad, de ritualidad, de vocaciones y de formación de sus miembros, en el mundo, en América y en Chile.

En nuestro país se inició la «Revolución en Libertad», bajo el gobierno de la Democracia Cristiana, destinada a reemplazar la sociedad capitalista por el comunitarismo, por las vías de la democracia y el derecho. La segunda mitad del gobierno de Eduardo Frei Montalva es de un creciente espíritu revolucionario, politización y ánimos divididos. Una marea de problemas sociales y gremiales se suceden uno detrás de otro, en medio de la transformación política de Chile: la toma en la Universidad Católica; el surgimiento y desarrollo de grupos extremistas como el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria); la Toma del Regimiento Tacna, interpretado por algunos como un intento de golpe de Estado; el primer paro del poder judicial; el extremismo en las posiciones políticas; el triunfo de la Unidad Popular en 1970 y el asesinato del General René Schneider.

MOVIMIENTOS JUVENILES EN LAS UNIVERSIDADES

Un escenario que será especialmente propicio para los cambios estará representado por el sector juvenil. En efecto, también por circunstancias diversas, muchos jóvenes comienzan a manifestar su disconformidad con el mundo que les toca vivir. Entran en crisis, según mencionamos, los conceptos tradicionales de familia, Iglesia Católica y orden político-económico liberal. Ellos, de una u otra manera, son reemplazados por nociones como amor libre y sexo seguro (en oposición a la familia tradicional); una Iglesia progresista y comprometida con los cambios revolucionarios (en respuesta a la tradición y doctrina de casi 2000 años); por último, una sociedad distinta, comunitaria o comunista, que reemplace las «estructuras egoístas» de la economia liberal y de la democracia formal.

Distintos elementos confluyen en este escenario. Veamos algunos de ellos:

- Jóvenes disconformes con la sociedad que les toca vivir, según hemos señalado.
- Muchos de esos jóvenes están dispuestos a jugársela por cambiar ese mundo, soñando un futuro mejor. Ellos, por otra parte, se manifiestan convencidos que con su acción pueden lograr, efectivamente, esos cambios.
- Escenarios propicios para llevar adelante sus ideas: organizaciones fuertes y con poder (como las federaciones de estudiantes o las juventudes de los partidos políticos); una sociedad mundial altamente politizada (en años de radicalización política pocas veces vista).
- Ciertos ídolos o líderes sociales que permitieron motivar y llevar a la práctica esos deseos de cambio.

Adicionalmente, contribuyeron a este espíritu diferentes hechos que demostraron la existencia de vínculos generacio-

"Nuevos hombres para la nueva universidad". Con este slogan los estudiantes de la UC se apoderaron anoche de la Casa Central y de todas las escuelas universitarias. En la foto de Alejandro Basualto, los jóvenes proceden a colocar un lienzo alusivo en la sede ocupada.

Alumnos Ocuparon la UC

Al inicio de la ocupación de la Universidad Católica, bajo el consabido lema "Nuevos Hombres para la Nueva Universidad", los estudiantes hacen saber a la opinión pública sus condiciones para reabrir esa casa de estudios superiores.

nales, sentido de grupo, posibilidades de encuentro, capacidad de encabezar la historia. Así, en el ámbito musical fue simbólico el concierto de Woodstock, mientras en lo político-estudiantil pasaron a la historia el Movimiento de Mayo francés en 1968 (ilustrativo para todo el mundo) o la toma de la Universidad Católica en 1967 (de indudable contenido nacional).

¿Por qué se produjo en la década del '60 esta nueva cultura juvenil, más activa y desafiante?

Erik Hobsbawm ha señalado en su *Historia del Siglo XX* tres ideas centrales que explicarían este cambio de actitud de los jóvenes:

- En primer lugar, la juventud pasó a verse no como una fase preparatoria para la vida adulta, sino, en cierto sentido, como la fase culminante del pleno desarrollo humano. Quizás por eso se explique claramente el éxito de un eslogan que se popularizó en aquella época: «no confíes en nadie que tenga más de treinta años».
- La segunda novedad deriva de la primera, pues la cultura juvenil se convirtió en dominante en las economías desarrolladas de mercado. La juventud pasó a ser una masa con poder adquisitivo y, por ende, un grupo importante y valioso.
- La tercera característica de esta cultura juvenil es su asombrosa internacionalización, manifestada en la extensión del mundo joven a través de los medios de comunicación, la solidaridad internacional (a raíz de la guerra de Vietnam, por ejemplo), la popularidad «mundial» de los movimientos universitarios, la difusión de la música, la fuerza de las modas, etc.

En definitiva, hubo diversas condiciones que permitieron el crecimiento, desarrollo e importancia social de los jóvenes y que facilitaron el volcamiento de ellos hacia actividades sociales y políticas: la ampliación de los años de estudio de la población (más jóvenes con mayor tiempo en colegios y universidades); el aumento del poder adquisitivo; la ausencia de guerras y conflictos mundiales que amputaran una nueva generación (como había ocurrido con las dos generaciones precedentes a raíz de las dos guerras mundiales); la inmensa cantidad de jóvenes en proporción a la totalidad de la población (todavía no se invertían las pirámides de población por descenso de la natalidad), entre otras explicaciones.

ESTUDIANTES POR EL CAMBIO

Uno de los reflejos más claros y rotundos de los ímpetus juveniles de los '60 lo representó, en Chile, el movimiento universitario estudiantil. En muchos jóvenes se vio claramente esa distancia y descontento con el mundo que vivían, y la negativa de permanecer indiferentes ante ello.

No era otro el sentido de las palabras de uno de los máximos representantes del liderazgo estudiantil en los agitados días de la reforma universitaria en Chile (entre 1967 y 1970). «En medio de esta quejumbre colectiva, un chispazo, reducido pero intenso, ilumina el panorama sombrío. Es alguien que se rebela, es alguien que dice 'no estoy satisfecho': es la juventud que toma la ofensiva de la vida. Y el alma colectiva dirige sus ojos -esperanzados algunos, temerosos otros- hacia el fulgor de vida al ciento por ciento. Y en esta patria joven ayer solo fundada, territorio aún verde, una juventud universitaria, que tiene la edad de la patria, dice no, dice que el camino que se le ofrece en la universidad no la conduce a la alegría sino al vacío y a la complicidad con lo malsano. Y esta juventud toma, físicamente, en sus manos, sus lugares de trabajo, sus universidades, y en gesto vivo promete comenzar a romper allí el ciclo de la frustración y la desesperanza, y abrir una veta ancha para lo nuevo. Y el joven sale a la calle, proclama sus verdades, llena las páginas de los diarios, salta al primer plano». Así, simplemente. Sin comentarios.

Lo que había detrás de palabras como estas y, seguramente, de esloganes como «nuevos hombres para la Nueva Universidad» o el cambio de autoridad máxima en la Universidad Católica como pregunta del plebiscito estudiantil previo a la reforma o, en un tercer ejemplo, la insistencia en la necesidad de transformar la Universidad y la sociedad, tiene un significado común: el cambio; y una condición específica: la acción estudiantil que, directa o indirectamente, propicia dichas transformaciones.

UNIVERSIDAD EN TRANSICION

Con todo, cuando se produce la toma de la Casa Central de la Universidad Católica, esta no era una institución petrificada ni opuesta per se a cualquier cambio. Ciertamente, tampoco formaba parte de esa vorágine revolucionaria que por momentos se apoderó de amplios sectores sociales, al punto de convertir a la revolución prácticamente en una religión con sus mandamientos a seguir, líderes, medios, finalidades terrenas y ese compromiso fuerte que acompaña a las ideologías, y que incluso lleva a arriesgar la propia vida.

La Universidad Católica había experimentado muchos cambios en el rectorado de Monseñor Alfredo Silva Santiago y, hacia agosto del '67, seguía haciéndolo.

Así por ejemplo, durante junio, julio y agosto de 1967 se desarrollaron largas

Escasos días antes de la "toma", Miguel Angel Solar expresó públicamente que "no importan los principios. Queremos reformas urgentes".

sesiones del Consejo Superior para reformar los Estatutos de la Universidad, que databan de 1938. Incluso el Presidente de FEUC participó en todas las sesiones. El Reglamento nuevo contó con 41 artículos, frente a los 100 del antiguo. Entre otros elementos podemos mencionar los siguientes:

- Definió a la Universidad como Católica y Nacional (muchos estudiantes, en cambio, consideraban que la Universidad debía estar comprometida con la sociedad y que debía ser un instrumento de cambio social).
- El Rector seguía siendo nombrado por la Santa Sede, pero ahora dentro de una terna propuesta por el Consejo Superior. Además, ya no sería necesario que fuera «un sacerdote de reconocida y eminente doctrina y gran prudencia», sino que también podría ser un laico (como de hecho lo serían los tres rectores posteriores a 1967).
- Se suprimió la obligación de los profesores ordinarios de hacer profesión de fe.
- El Reglamento modificó también la composición del Consejo Superior, que ahora estaría compuesto, con derecho a voz y voto, por el Rector, el Prorrector, el Secretario General, los nueve Decanos, y cinco Consejeros (dos designados por el Rector, uno por el Arzobispo de Santiago, uno por la Conferencia Episcopal y uno por los profesores ordinarios). Por otro lado, asistirían con derecho a voz, los Vicerrectores, el Presidente de FEUC por la mayoría estudiantil y un estudiante en representación de la minoría. La FEUC, a través de Miguel Angel Solar, propuso que los representantes estudiantiles tuvieran derecho a voz y voto, lo que fue rechazado.
- En cuanto a la elección de Decanos, se determinó que éstos debían ser designados por el Rector, de una terna propuesta por la Facultad.

El 4 de agosto el Consejo Superior aprobó por unanimidad el Reglamento, ante lo cual los consejeros presentaron su renuncia, la que fue aceptada por el Rector, quien, sin embargo, les solicitó que siguieran como dimisionarios. El propio Rector Silva Santiago, por su parte, expresó su decisión de retirarse al momento en que se aprobara el nuevo Reglamento.

Hasta ahí todo iba bien. Como señala Ricardo Krebs en su Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, «estas innovaciones no correspondían, sin embargo, a la imagen que el movimiento estudiantil reformista tenía de la Nueva Universidad. Según los estudiantes, la Universidad debía estar comprometida con el pueblo y ella debía ofrecer al estudiantado la posibilidad de participar en forma significativa en las tomas de decisión».

Miguel Angel Solar y Fernando Castillo Velasco. Ambos tuvieron la responsabilidad de llevar adelante la reforma, mediante la conformación de un equipo de trabajo que hiciera realidad las ideas y acuerdos alcanzados.

¿Qué hacer, entonces, se preguntaba la Federación de Estudiantes?

LA TOMA DE LA UC: 11 DE AGOSTO DE 1967

«Alumnos se tomaron la UC». Así titulaba el diario de Gobierno, La Nación, en su edición del 11 de agosto de 1967, los hechos acaecidos la noche anterior. Y continuaba el mencionado matutino (a la «hora del cierre»), señalando que «a las 22.45 horas de anoche, luego de una Asamblea realizada en el local de FEUC, los alumnos de la Universidad Católica procedieron a ocupar el local de ese establecimiento educacional, clausurando las puertas con candados». Así, con la toma de la UC se iniciaba, abrupta y violentamente, la Reforma Universitaria.

No cabe duda que el hecho era novedoso en la historia de Chile (desde ahí en adelante las tomas se hicieron cada vez más reiteradas y violentas, en las fábricas, centros estudiantiles, campos y otros lugares). Pocos esperaban un desenlace como ese frente a a los anhelos de reforma. Pero el deseo de cambio, la fascinación de la revolución, el sentido histórico del liderazgo juvenil, los sueños de una nueva universidad y (en algunos casos) la violencia como medio de acción política, determinaron la toma, el paro, el cambio de Rector y, en último término, la Reforma de la Universidad Católica.

El 10 de agosto se realizó un Consejo General de FEUC, en medio de la efervecencia generada en las semanas previas básicamente por dos razones: el plebiscito, cuyos resultados decían que los estudiantes querían un cambio en la máxima autoridad de la UC, unido al rechazo que la FEUC manifestó al nuevo Reglamento aprobado en el Consejo Superior. Adicionalmente, según sabemos, los estudiantes deseaban la designación de un nuevo Prorrector, de confianza y con poderes para iniciar la «necesaria reforma de la estructuras de la Universidad».

El Consejo General aprobó por abrumadora mayoría (sobre el 90% de sus miembros) una huelga que se prolongaría hasta no ser satisfechas tres exigencias:

- Realización de un Claustro Pleno en el plazo de seis meses, a fin de elegir un nuevo Rector.
- Integración de dicho Claustro por profesores y estudiantes, en proporciones de 75% y 25% respectivamente.
- Designación inmediata de un Prorrector para que organizara el Claustro.

Después del Consejo General, duran-

En horas de la mañana de ayer se produjo el violento encuentro entre los que, como siempre, estaban a favor o en contra.

Durante las primeras horas de la "toma" fueron frecuentes los choques entre los alumnos reformistas y los estudiantes opositores a los propósitos y objetivos de la FEUC. Estas fotos, publicadas en ***El Mercurio*** *(13.08.67),son el mejor testimonio del grado de violencia que alcanzaron estos incidentes.*

te la noche, la toma. Muchos alumnos habían recibido de antemano la indicación de asistir con sacos de dormir. «La toma va», les decían sus dirigentes. Y la toma fue.

La Reforma, y he aquí uno de los principales focos de conflicto, se inició por medio de la violencia, de un hecho de fuerza. Y estos hechos, habitualmente, cuentan con detractores. No fue distinto el caso de la Universidad Católica.

EL DEBATE POSTERIOR A LA TOMA

Inmediatamente después de producida la toma en la Universidad Católica surgieron posiciones discrepantes en cuanto a su forma y fondo. En un comienzo, el diario La Nación jugó un papel moderador, sin cuestionar el hecho mismo de la toma ni sus motivaciones. El Mercurio, uno de los actores principales desde el 11 de agosto en adelante, tomó posiciones editoriales contrarias al movimiento estudiantil.

Un día después, y vistos los acontecimientos originados por la toma, El Mercurio titulará: «Incidentes promovieron alumnos al apoderarse de la UC», mientras la información se expresaba destacando los conflictos suscitados. «En un clima de violentos disturbios se inició la huelga declarada por la FEUC de Santiago. Facciones opuestas de alumnos sostuvieron durante más de dos horas, en la mañana de ayer, una batalla campal en la que utilizaron palos, piedras, planchas de pizarreño e incluso extinguidores contra incendios. Hubo estudiantes contusos, pero ninguno de ellos fue atendido en las postas de urgencia u hospitales».

Las reacciones al interior de la UC también fueron disímiles. Mientras los partidarios de la FEUC seguían firmes con el paro, prorrogable mientras no se cumplieran las condiciones exigidas, iban recibiendo variados apoyos tanto de un importante sector del estudiantado de la Universidad Católica como de otros grupos de la sociedad. Así, la Juventud de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista llamaron a la solidaridad con el movimiento estudiantil. El Presidente de la JDC, Rodrigo Ambrosio, señaló que su partido tenía la responsabilidad de dirigir el movimiento universitario e instó a la FEUC a continuar la toma y el paro hasta la conquista del triunfo.

Entre los universitarios, ahora en sentido amplio, hubo posiciones favorables a los cambios, como lo sostuvo en su minuto la Acción Universitaria Católica (AUC) y los representantes de la asamblea de Profesores de la Escuela de Psicología de la Universidad.

Por otro lado, también solidarizó con la FEUC la Central Unica de Trabajadores (CUT). Incluso, el Secretario de FEUC, Rodrigo Caro, afirmó a La Nación su seguridad de la justicia de la causa emprendida: «Una prueba de ello, agregaba, es que contamos con el respaldo del Cardenal y del Arzobispado. Ellos fueron los que propusieron la fórmula del nombramiento de un proRector (sic) para la solución del conflicto». El apoyo del Cardenal Silva Henríquez, en relación a la toma, no es tal como lo manifestaba Caro.

En efecto, consultado el Cardenal sobre la huelga en la UC, manifestó textualmente: «No puedo negar la tristeza que este episodio me causa y siento en el alma que haya acontecido. Es mi deseo que se encuentre una solución rápida. El diálogo debe entablarse entre las partes para bien de todos. Espero que una vez alcanzada la paz, nazcan Universidades Católicas mejores que las que tenemos».

Sin embargo, la posición de la FEUC también encontró importantes detractores. Desde luego dentro de los mismos estudiantes, como lo prueban los incidentes del 11 de agosto. Como recordara el líder gremialista Jaime Guzmán años más tarde, entre los alumnos «estábamos quienes percibíamos en el movimiento en cuestión un sesgo anarquizante y desquiciador con el cual no cabían transacciones ni componendas, sino al que era menester enfrentar resueltamente, con toda la fuerza interior que da no sólo la solidez de principios sino su indispensable agregado de la fe en un ideal opuesto a la utopía revolucionaria, levantado con

La secuencia gráfica de ***El Mercurio*** *permite ver a tres de los protagonistas de la reforma de la UC. El futuro Rector, Fernando Castillo Velasco abandona la sede ocupada; en tanto, el Cardenal Silva Henríquez es acompañado por el Presidente de la FEUC.*

igual o mayor voluntad de lucha. Con alegria e ilusión de triunfar, de inmediato o más adelante, pero de triunfar y no de capitular». De esta manera, el gremialismo -fuerte en las escuelas de Derecho, Economía y Agronomía- se constituyó en la principal fuerza de oposición a la Democracia Cristiana en un primer momento, y luego frente a la izquierda. La voluntad de «triunfar y no capitular» se vio coronada al año siguiente, cuando los gremialistas obtuvieron un resonante triunfo en las elecciones de FEUC.

En el ámbito académico ocurrió otro tanto. El Consejo Superior cerró filas en torno a la autoridad superior de la Universidad, denunciando de inmediato la violencia de la toma y la violación del principio de autoridad. El Decano de Medicina Juan de Dios Vial Correa manifestó que «la toma es un acto de violencia que puede traer pésimas consecuencias».

Inmediatamente, un grupo de ex alumnos también manifestó su apoyo al Rector Silva Santiago, con firmas de 388 profesionales.

Asimismo, *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*, en sucesivas editoriales, favorecieron la posición de la Rectoría y condenaron los sucesos del 11 de agosto. En general, ambos condenaron el régimen de violencia que acompañó la toma de la UC, y denunciaron lo que calificaron de «estratregia comunista» para infiltrar las universidades, según lo manifestado en las revistas del Partido Comunista, *Cuadernos Universitarios* y *Principios*.

«El movimiento que promueven ciertos grupos estudiantiles de las Universidades Católicas - sostendrá El Mercurio en los agitados días de agosto del '67 - no nace de éstas, sino que corresponde a un plan elaborado y divulgado por los comunistas». Posteriormente, dará especial relieve al crecimiento de la división entre los alumnos, manifestada entre otras cosas, por la creación del Comando de Defensa de la Universidad.

Fueron estas circunstancias las que llevaron a la reacción de un grupo de huelguistas, indignados con la posición de El Mercurio. Algunos estudiantes desplegaron un enorme lienzo en la fachada de la Casa Central de la UC, que pudieron ver quienes transitaban por el sector: «Chilenos: El Mercurio miente», denunciaban.

Entre otras cosas, dicha contradicción de posturas sirvió para chilenizar la discusión, mucho más allá de los Campus Universitarios y del mundo académico. La Universidad pasaba a ser tema de discusión nacional, posición privilegiada que mantendría en el futuro.

Ello se reflejó, entre otras cosas, en la intervención que más tarde realizará el Gobierno para solucionar el conflicto y también en la discusión que, por distintos canales, involucrará al Ministerio de Educación, parlamentarios y los partidos políticos.

La posición del gobierno respecto del movimiento estudiantil fue ambigua en un principio, favorable a la no intervención, pero con un evidente apoyo tácito que se explicitaria en el tiempo. *La Nación* mantuvo un reconomiento de la legitimidad de las demandas estudiantiles y una crítica abierta o encubierta a las autoridades y estructuras de la Universidad Católica. El director del medio, Claudio Orrego Vicuña, uno de los principales ideólogos de la Democracia Cristiana, veía entre los estudiantes un «movimiento serio, maduro, responsable», en una editorial del 13 de agosto (donde firmaba como Abel Marchenoir). Respecto del uso de la fuerza, como muchos que también opinaron lo mismo cuando comenzó a institucionalizarse la violencia para conseguir objetivos políticos, La Nación llamaba a no darle demasiada importancia. «Lo que la opinión pública debe debatir es si es necesaria la reforma universitaria o no... El problema de fondo no es saber si los estudiantes han actuado con exceso de pasión juvenil o si se han excedido en los términos de su estrategia para alcanzar los objetivos que se han pospuesto. Eso no tiene trascendental importancia. Lo que si es importante es llegar a conclusiones sobre si la crítica de los estudiantes a la Universidad es cierta o no, si las medidas que proponen y los principios que las informan son acertados o no, si realmente hay una crisis de la Universidad en Chile o no».

Probablemente, una de las posturas más complejas que hubo que tomar en torno a la toma era disociar los medios (la toma, la fuerza, la violencia), de los fines (el cambio de autoridad, nuevos hombres, Reforma en la Universidad).

No es fácil en la historia justificar la violencia, por más que la mayoría de los cambios se hayan hecho después del uso de la fuerza. Nuestro país no ha estado ajeno a eso. Ejemplo evidente de esto es nuestra organización política. De la casi decena de textos constitucionales que han regido a la República después de 1810, prácticamente todos se han aprobado

El plebiscito de junio de 1967 señaló el inicio de la embestida táctica contra las autoridades de la Universidasd Católica, que culminó con la ocupación de ese plantel el 11 de agosto de 1967.

después de una situación de violencia: un golpe de Estado, una guerra civil, un pronunciamiento militar. Y nuestro país, dicho sea de paso, ha sido modelo -al menos así lo creemos- de organización política en Hispanoamérica.

Algo parecido ha ocurrido con los demás cambios importantes de nuestra historia: la legislación laboral de 1924 y la actual fueron precedidas de hechos de fuerza; el presidencialismo de 1833, el parlamentarismo del '91, el sistema del '25 al '73 y nuestro modelo institucional actual tuvieron su origen en hechos de violencia política. Para no abundar en detalles, las revoluciones hacia el estatismo (1970-73) o hacia la libertad económica (después de 1973) fueron acompañados por la violencia de las tomas, el terrorismo, el golpe de Estado o la represión.

La Reforma Universitaria en Chile no fue ajena a nuestra historia. No es casualidad que el Rector de la Reforma reconozca abiertamente que la reforma se inició por un hecho de fuerza, lo que, al parecer, no pasa de ser un dato de la causa. La Reforma, al menos en su primera etapa, también pudo perpetuarse por la fuerza y logró sus objetivos sin ceder en ese punto. Lo importante, decían sus partidarios, es el objetivo, no los medios. Así se impuso un concepto, hoy agónico y con escasos adherentes, entonces creciente, dramático y letal.

En la historia, muchas veces los procesos, sin advertirlo, se vuelven en contra de los actores principales. La Reforma, decían los reformistas, se inició con la fuerza, qué más da. Si bien no podía imponerse por la fuerza, sí que ayudó ésta para el éxito final. Pero las cosas son como son, y la Reforma se acabó, también, por la fuerza, que inició una nueva reforma, o revolución o contrarreforma. Como siempre, por lo demás, en nuestra historia (lo que, sin embargo, constituye tema de otro trabajo).

EL MOMENTO DECISIVO

La Reforma no habría sido viable de ser un movimiento estrictamente estudiantil. Sabemos que los mismos estudiantes se encontraban razonablemente equiparados - numéricamente - en sus posiciones.

Los movimientos sociales, para ser exitosos, requieren al menos de dos circunstancias concurrentes. Por una parte, es necesario que sumen fuerzas grupos que tienen intereses comunes, grados de representatividad y alguna cuota de poder social, político o económico. Por el otro lado, es necesario que el adversario (opositor o enemigo) carezca del vigor y compromiso necesarios para sacar adelante su propia causa, por falta de ideas, de personas o de mística. Agosto del '67 fue un nuevo ejemplo de esto.

En efecto, las fuerzas partidarias de la Reforma fueron progresivamente acercando posiciones y personas. Diversas reuniones y cartas les permitieron ir tomando una posición común durante agosto, en los días posteriores a la Toma. Sabemos que muchos se sumaron a las posturas de la Reforma y a los hechos del 11 de agosto, o apoyaron al líder natural del proceso, Miguel Angel Solar. Así sucedió con la CUT, juventudes políticas u otras federaciones de estudiantes, además de algunos medios de prensa: nada de eso hubiera sido suficiente para llevar a cabo los cambios enérgicamente propuestos por la FEUC, sin los cuales ellos seguirían indefinidamente su toma y la huelga. Pasaban los días, y no se sabía adonde iría a parar el conflicto.

«El jueves 17 de agosto - cuenta el Cardenal Silva Henríquez en sus *Memorias* - el Presidente Frei me llamó por teléfono. Dijo que lo que estaba pasando en la UC comprometía gravemente la estabilidad del país. Las Fuerzas Armadas temían una asonada revolucionaria o, cuando menos, hechos de sangre. Si la Iglesia no podía detener la crisis, el gobierno tendría que hacerse cargo de la universidad. Para esto había un plazo fatal: el lunes 21 de agosto. Le expliqué que, entendiendo lo mismo, yo había tenido poco éxito en mis gestiones; le pedí que me expusiera su punto de vista por escrito, para tener una constancia de lo que pensaba. Esa carta me llegó el 19».

La carta del Presidente Frei al Cardenal Silva Henríquez fue reproducida por la prensa de la época. «Los sucesos que ocurren en la Universidad Católica desbordan el margen de la vida universitaria, significan una amenaza para el orden público y pueden provocar graves trastornos en la vida nacional e incluso peligro para la vida misma de los estudiantes, ya que se organizan grupos rivales que en cualquier momento pueden originar incidentes de consecuencias imprevisibles».

«El Gobierno respeta ampliamente la autonomía universitaria y por esta consideración no ha intervenido, hasta ahora, en el conflicto, esperando que las autoridades pudieran resolverlo ... (pero) el conflicto tiende a agudizarse y extenderse, lo que es aprovechado por elementos de diversas tendencias para sembrar desorien-

tación y alarma en el país...»

«Es ésta la razón -agrega Frei en su carta a Silva Henríquez- que me mueve a solicitar su intervención personal (por ser) la primera autoridad de esta Arquidiócesis».

«Es por ello, concluía el texto, que el Gobierno estima necesaria su intervención para poner inmediato término a estos hechos, por cuanto no podrá permanecer ajeno ante un conflicto cuyas proporciones nadie puede desconocer».

Este fue el momento decisivo de la toma en la UC. Hasta entonces, se trataba de un hecho de fuerza evidente, un asunto interno grave, difícil de controlar, pero que se movía dentro de los cánones universitarios, desde donde habría de salir, en algún minuto, alguna solución. Y esta no venía; muy por el contrario, la situación parecía agravarse.

Fue entonces cuando intervinieron Frei y Silva Henríquez, hasta entonces meros espectadores interesados del problema, pero ajenos a él. Sin embargo, el poder de hecho del Presidente de la República y del Cardenal Arzobispo de Santiago es muy grande en Chile. Y así se vio: cuando ellos intervinieron, se inclinó la balanza hacia la solución (o complicación, según como lo veamos) del problema universitario.

De esta intervención al acuerdo con FEUC, hubo que seguir varios pasos. Del acuerdo a la salida del Rector Silva Santiago el camino sería bastante más corto, como de hecho lo fue.

EL AMBIENTE REVOLUCIONARIO EN EL CHILE DE LOS '60

No fueron sencillos los días posteriores a la toma. Según hemos dicho, estos hechos de violencia desatada sólo se hicieron populares tiempo después. Hasta 1967, y así le constaba al Gobierno, los problemas se solucionaban de otra manera.

No es posible entender la toma de la UC y la Reforma Universitaria sin referencia a la realidad nacional de la época. La mística revolucionaria era, en sus distintas variantes, muy querida entre la población, especialmente entre los jóvenes. Así, ellos tenían anhelos de cambios drásticos de personas, de estructuras o de modelo de Universidad. A nivel nacional ocurría otro tanto: Frei anunciaba la «Revolución en Libertad» y, en 1970, Allende inauguraba una nueva Revolución, esta vez socialista (o comunista), «con empanadas y vino tinto», a la chilena. El problema de la Reforma no estaría ausente, por cierto, del Programa de la Unidad Popular, «que prestará un amplio respaldo al proceso de la Reforma Universitaria, e impulsará resueltamente su desarrollo. La culminación democrática de este proceso se traducirá en importantes aportes de las universidades al desarrollo revolucionario chileno (sic). El Estado asignará a las universidades recursos suficientes para asegurar el cumplimiento de sus funciones y su efectiva estatización (sic) y democratización». He creído conveniente reproducir textualmente el Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular, en su capítulo sobre «Democracia, autonomía y orientación de la Universidad».

Sólo así se cierra el círculo de la Reforma Universitaria y se entienden los nuevos hombres para la nueva universidad. Función de la Universidad: aportar al desarrollo revolucionario chileno. Destino de la Universidad: ser estatal. Es obvio: el Estado-pastor maneja mejor las ovejas cuando son todas de él; lo privado es peligroso porque implica diversidad, pensamiento ajeno o incluso distinto al proclamado oficialmente por la revolución. Tal vez cueste entender esto, pero así era Chile, ávido de cambios, con un cierto olor a Estado que todo lo inundaba, revolucionario, mayoritariamente hostil a la tradición, así en las poblaciones, los campos, la administración pública y también las universidades. Los partidos políticos se sumaban a esa marea revolucionaria, por convicciones reales o por conveniencia (difícil saberlo hoy, con tan pocos revolucionarios en el ambientes. Y los de entonces ya no son los mismos, hoy algunos administran el poder, no están para estatismos ni revolución). Chile ha cambiado.

En aquellos locos años '60 todos, o una gran mayoría de los chilenos, eran revolucionarios. Una encuesta desarrollada en pleno tiempo de la «Revolución en Libertad» preguntaba cuál era la posición de los jóvenes sobre la revolución. Así, desde el ámbito obrero, campesino, de los empleados y de los universitarios, las respuestas graficaban claramente el ambiente que se vivía. Frente a la pregunta sobre la actitud personal de los jóvenes frente a la revolución, así se expresaban los jóvenes:

ACTITUD	Universitarios Mujer-Hombre	Empleados M-H	Obreros M-H	Campesinos M-H
Contra la Revolución	32 - 16	34 - 32	42 - 44	30 - 38
Reformismo	22 - 32	12 - 16	4 - 4	8 - 2
Revolución en todas sus formas	22 - 46	26 - 30	20 - 32	20 - 30
No opina	24 - 6	28 - 22	34 - 20	42 - 30

Podemos resumir este estudio en dos o tres ideas principales.

En primer lugar, queda claro que los jóvenes se distinguen por su voluntad revolucionaria (o al menos por el reformismo). Sin embargo, lo más interesante no es eso, sino la distribución de las opiniones al interior del segmento juvenil.

En efecto, entre las distintas opciones, las más radicalizadas son las de los universitarios, sin duda alguna. Por ejemplo, en la opción «revolución bajo todas sus formas», los hombres universitarios la apoyan en un 46%, es decir, prácticamente uno de cada dos jóvenes universitarios. A su vez, ese porcentaje se reduce a un 30% entre los empleados, los obreros y los campesinos.

En resumen, los universitarios son los que más favorables se muestran frente a la revolución. Así, es más fácil entender los movimientos estudiantiles en las universidades del país, católicas y estatales, en la segunda mitad de la década del '60. Con estos datos, también es más fácil comprender las reacciones favorables a la toma de la Universidad Católica. Y, ciertamente, resulta difícil (y más lo fue en su momento) sustentar una posición activa en contra de la revolución, como se entendía entonces este concepto. Es difícil ser antirrevolucionario en tiempos de revolución: Bien lo entienden los franceses contrarios a la Revolución Francesa o los rusos contrarios a la Revolución de Octubre.

EL ACUERDO CON LA FEUC Y LA SALIDA DEL RECTOR: CAE LA PRIMERA VICTIMA

Decíamos que el momento decisivo fue el ingreso al escenario del conflicto del Gobierno y el Cardenal Silva Henríquez, convertidos en actores principales del desenlace de agosto. Repasemos los hechos.

El gobierno sugirió, perentoriamente, que el Cardenal resolviera el conflicto. Temían Frei y las Fuerzas Armadas que la toma de la UC diera inicio a una vorágine mayor, de carácter sedicioso. El conflicto debía terminar.

Hacia el 18 de agosto el gobierno informó que el Ministro de Educación Juan Gómez Millas había hablado sólo a título personal cuando señaló -refiriéndose a la solicitud de las autoridades de la Universidad Técnica del Estado, sobre aceptar en sus nuevos Estados la noción del cogobierno- que era un «halago al populismo infantil» patrocinar concesiones inmaduras frente a la presión de grupos transitorios. Bernardo Leighton sostuvo que esa era una posición personal, por cuanto el Gobierno no tenía opinión oficial sobre el problema de la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidades (al menos así era hasta ese momento).

Paralelamente a la petición del gobierno, vinieron las recomendaciones del Vaticano (que a su vez también había recibido llamados del Gobierno chileno, para poner punto final a la crisis). En lo sustancial, el Cardenal recibió plenos poderes el 20 de agosto, a más de una semana de la toma. «Visto que perdura el conflicto nacido en la Universidad Católica de Chile -decía el documento que se los concedía- la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios encarga al Comité Permanente del Episcopado Chileno para que en la persona del Eminentísimo Presidente, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, obre como mediador de las partes en causa a fin de estudiar una reforma ulterior de los Estatutos de esta Universidad y dar inmediatas disposiciones a las dos partes para que terminen en seguida el conflicto». Y el Cardenal entró en acción.

Iniciada la "toma", los líderes estudiantiles iniciaron la búsqueda de un Prorrector que pudiera satisfacer sus demandas. El profesor de la Facultad de Arquitectura Fernando Castillo Velasco conversa con los estudiantes.

Cuenta Silva Henríquez en sus Memorias que se reunió primero con los profesores, quienes propusieron al arquitecto militante DC, Fernando Castillo Velasco, para ser elegido Prorrector. No era hombre del agrado de la FEUC, por su calidad de político activo (preferían al Padre Salesiano Egidio Viganó, a lo que el Cardenal se opuso, «para que no pareciera un arreglo entre curas»).

El mismo 20 de agosto, se logró arribar a un acuerdo, en que los estudiantes aceptaban el nombre del democratacristiano Castillo Velasco (también lo eran el Presidente de FEUC, el Presidente de la República y el Ministro del Interior). La negociación se había hecho directamente con la FEUC y los profesores Castillo y Viganó, sin la participación del Consejo Superior o del mismo Rector. El acuerdo del Cardenal sería con los alumnos y después «espero presentárselos «al Rector», quien se mostró molesto y agraviado con esta situación, aunque aceptó nombrar a Castillo Velasco como Prorrector.

Pasadas las 22.00 horas del día 20, los alumnos asistieron a la Casa de Silva Henríquez, en una reunión que se prolongó hasta la 1 de la madrugada, «cuando hubo acuerdo sobre todo lo pendiente, según nos narra el Cardenal: garantía de que no habría represalias, participación en la reforma del reglamento, participación de un 25%, por una sola vez, en el claustro para elegir nuevo rector y, sobre todo, amplias atribuciones para el prorrector». Con ello, se inició el desalojo de la Casa Central de la UC, en el día límite. ¿Y quién fijaba este límite? El Gobierno. ¿A quién? Al Cardenal. Los dos, actores decisivos de la reforma.

Como era de esperarse, el Rector Silva Santiago no patrocinó estos acuerdos, y se sintió pasado a llevar. Es más, presentó su renuncia al cargo de Rector, «por estimar en conciencia que dicha fórmula en puntos esenciales es perjudicial para el presente y el futuro de la Universidad», como sostuvo en su carta de renuncia a la Rectoría, presentada el 25 de agosto. Y agregaba que «la fórmula de arreglo es de suyo inaceptable, ya que en substancia da todo el triunfo a los alumnos rebeldes, y sin ningún reproche o condenación a su incalificable conducta...» La renuncia no fue aceptada, y tras diversos tiras y afloja, Monseñor Alfredo Silva Santiago abandonó la Rectoría de la Universidad. Triunfo indiscutible de la FEUC y de quienes propiciaban el cambio, pues para ellos, viejos hombres abandonaban esa vieja universidad en la que estudiaban. Ahora, por fin, se iniciaría la ansiada reforma.

Días después, el 7 de septiembre, Fernando Castillo Velasco fue nombrado Rector interino. Luego se efectuó el Claustro Pleno, donde salieron las tres primeras mayorías para la terna de donde se elegiría al nuevo Rector: el propio Castillo Velasco, Ricardo Krebs y William Thayer. El Vaticano ratificó a Castillo, y la Reforma comenzó al año siguiente. Había comenzado por la fuerza en 1967 y por la fuerza terminaría seis años más tarde.

EL IDEARIO GREMIALISTA Y EL CAMINO AL CAMBIO ESTUDIANTIL: DEL 11 DE AGOSTO A LA NUEVA FEUC

La Reforma de la Universidad Católica, según sostenían sus promotores, basó su éxito en gran medida en el inmenso apoyo juvenil que la había generado. Era esa juventud que, descontenta con el camino que seguía la sociedad chilena y su Universidad, decidía «salir a la calle, proclamar sus verdades, llenar las páginas de los diarios, saltar al primer plano», como tiempo antes había dicho el carismático líder de la toma, Miguel Angel Solar.

Pero los triunfos históricos son efímeros, y siempre es peligroso proclamar el fin de la historia, al modo de una victoria definitiva e irreversible. Hitler, por ejemplo, inauguró el Tercer Reich, imperio que duraría 1000 años ¡En menos de 15 se había acabado, derrotado en sus ideas y en su poder! Es el eterno problema de los totalitarios, creer que el mundo gira en torno a ellos, que el resto está equivocado y que, por ende, hay que imponerles -por la fuerza, si es necesario- un sistema que los saque de su error.

Decíamos que la Reforma en la UC se inició por la fuerza -y, quizá, sólo podía sostenerse mediante ella. En la historia, los triunfos y las personas son transitorios. Un día los buenos dejan de serlo y pasan a ser malos y viceversa; en democracia, quien define eso es la mayoría ocasional. En las universidades de los '60 pasaba otro tanto.

En efecto, se decía que se necesitaban nuevos hombres para una nueva universidad, cambio en la autoridad máxima, claustro pleno, nuevos estatutos, etc. La prensa recogía eso como expresión de «los estudiantes», genéricamente. Uno de los actores de la Reforma ha llegado a decir que «a la medianoche del jueves 10, la FEUC inició el paro de los 6.500 alumnos, simultáneamente con la ocupación de la Casa Central». ¿Y qué pensaban, realmente, esos miles de alumnos? ¿Fueron consultados? ¿Participaban de la toma, la Reforma y lo demás? Eso sólo se vería durante los próximos años, con claridad, para dolor de los reformistas.

Entre los estudiantes, la máxima alternativa a los aires de toma y reforma fue el gremialismo, surgido en la Escuela de Derecho y liderado por un joven y brillante alumno, Jaime Guzmán. Los gremialistas ya habían conquistado el Centro de Alumnos de Derecho, y tenían presencia en Agronomía y Economía. Pasado el 11 de agosto, se levantaron como firmes opositores a Miguel Angel Solar, al punto de constituir una alternativa en las elecciones de FEUC de fines del '67. Entonces el mismo Jaime Guzmán encabezó la lista gremialista, contra el candidato oficialista Rafael Echeverría. «Tenía el convencimiento - contaba Guzmán años después - de que enfrentar a una revolución estudiantil a sólo dos meses de su triunfo avasallador, carecía de toda posibilidad de éxito. Pero comprendí también que si en ese instante tan adverso no se ofrecía una alternativa a ella, más adelante resultaría muy difícil que alguien osara levantarla».

Y así fue: Echeverría derrotó a Guzmán por cerca de 1000 votos (entre 4.893 estudiantes que emitieron su sufragio). El Movimiento Gremial, sin embargo, se alzaba como la segunda alternativa en la Universidad Católica. Defendía, esencialmente, los fines propios y específicos de la Universidad como organismo intermedio de la sociedad; defendía resueltamente el carácter católico de esta Casa de Estudios y, además, exigía el respeto a su autonomía, especialmente en relación a los grupos políticos o corrientes ideológicas.

La derrota, sin embargo, era un triunfo, pero no una victoria moral, sino que numérica y de apoyos estudiantiles. El plebiscito de junio del '67, por el cual se había jugado la FEUC exigiendo el cambio en la Rectoría de la Universidad, le había dado al sí 3.221 votos (85,5%), frente a los 545 alumnos que se opusieron (14,5%). Cinco meses más tarde, la FEUC había disminuido 300 votos, mientras sus opositores se habían multiplicado cuatro veces.

La tendencia se reafirmará al año siguiente, en pleno comienzo de la Reforma, con Fernando Castillo Velasco como Rector, cuando se realizan nuevamente elecciones de FEUC, en octubre de 1968. En esa ocasión se enfrentaron nuevamente dos tendencias: el gremialismo, liderado por Ernesto Illanes),y el Movimiento 11 de agosto, simbólico nombre que encabezaba el candidato Rodrigo Egaña. El resultado, para sorpresa de muchos, fue el triunfo de Illanes, por estrecho margen: 2.311 votos contra 2.197.

Lo que podría haber sido una mera casualidad de la vida o un altibajo más de los procesos electorales, se convirtió más bien en una corriente con sólida presencia universitaria. En 1969, los reformistas del '67 habían virado hacia la izquierda y los gremialistas gobernaban la FEUC; la Democracia Cristiana en tanto, quedaba, «en medio de la revolución», en un incómodo término medio. El emblemático líder de la toma del 11 de agosto, Miguel Angel Solar, encabezó la lista del Frente de Izquierda, para tomar nuevamente en sus manos el espíritu de agosto del '67. Los gremialistas llevaban a Hernán Larraín y la DCU a Iván Navarro. Triunfaron, una vez más, los gremialistas y fue derrotado el líder de la toma, y con él su espíritu, su Reforma y su significado.

La toma de la UC y la Reforma habían surgido de los estudiantes a través de la FEUC. Esta, sin embargo, había cambiado de manos, como también la Rectoría. Los estudiantes, ayer promotores de la Reforma, hoy se oponían a ella. En la historia, como en la vida, los triunfos no son definitivos. Los buenos de ayer pasan a ser malos y viceversa: fueron las contradicciones de la Reforma en la Universidad Católica.

APENDICE I

RESULTADOS ELECTORALES DE FEUC*

MG: Movimiento Gremial
DCU: Democracia Cristiana Universitaria
UEI: Unión Estudiantil de Izquierda

Elecciones 1966

Miguel Angel Solar	DCU	2.349	54,3%
Cristián Valdés	FNU	1.971	45,6%
Total		**4.320**	

Plebiscito, Junio de 1967

Por el si:	3.221	85,5%
Por el no:	545	14,47%
Total	**3.766**	

Elecciones 1967

Rafael Echeverría	DCU	2.923	59,7%
Jaime Guzmán	MG	1.970	40,26%
Total		**4.893**	

Elecciones 1968

Ernesto Illanes	MG	2.311	51%
Rodrigo Egaña	11 de Agosto	2.197	48%
Total		**4.508**	

Elecciones 1969

Iván Navarro	DC	731	12,8%
Hernán Larraín	MG	2.499	44,02%
Miguel Angel Solar	FI	2.446	43,09%
Total		**5.676**	

Elecciones 1970

T. Irarrázabal	MG	2.546	45,3%
G. Agüero	FI	1.757	31,3%
C.E. Mena	DC	1.308	23,3%
Total		**5.611**	

Elecciones 1971

E. Riveros	DCU	1.411	23,9%
A. Caorsi	MG	2.729	46,25%
A. Cerda	UEI	1.711	29%
Total		**5.901**	

Elecciones 1972

J. Leturia	MG	3.106	47,89%
I. Navarro	DC	1.759	26,5%
Rada	UEI	1.660	25,5%
Total		**6.525**	

* Los datos de estas elecciones aparecen en la obra *Biblioteca del Movimiento Estudiantil*, Tomo II, *La Reforma en la Universidad Católica*, Dirigida por Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez.